



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Las guerras en Chile y la despoblación araucana: reacción de Ercilla y otros cronistas

Autor: Mejías-López, William

Forma sugerida de citar: Mejías-López, W. (1990). Las guerras en Chile y la despoblación araucana: reacción de Ercilla y otros cronistas. *Cuadernos Americanos*, 2(20), 185-204.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 20, (marzo-abril de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LAS GUERRAS EN CHILE Y LA DESPOBLACION ARAUCANA. REACCION DE ERCILLA Y OTROS CRONISTAS

Por William Mejías-López
UNIVERSITY OF NEW HAMPSHIRE

EL SIGLO XVI significó para España ganancias económicas, consolidación de su poderío militar y prestigio, para sus colonias en las Indias representó miseria, ruina de sus riquezas culturales y mermas de población. Peor aún: el régimen colonial introdujo cambios en los patrones de vida que para los indígenas tuvieron resultados catastróficos.¹ Estos efectos se manifestaron temprano con la llegada de Cristóbal Colón. Sin embargo, no fue sino hasta la primera década del siglo XVI cuando el recién inaugurado sistema de encomiendas comenzó el exterminio de miles de indios. Aunque la encomienda otorgaba prioridad a la cristianización de los americanos, los propósitos cristianos quedaron en el olvido: esta mano de obra gratuita fue explotada inmisericordemente en las minas, los servicios personales y domésticos y las labores agrícolas. A esto se debió la reacción del padre Antonio Montesinos, dominico asignado a una Iglesia en Santo Domingo, que en 1512 leyó su conocido sermón² en el cual acusaba a los encomenderos de los

¹ Guillermo Céspedes del Castillo, "La sociedad colonial americana en los siglos XVI y XVII", en Jaime Vicens Vives, *Historia de España y América*, vol. III, Barcelona, Vicens Vives, 1961, p. 388.

² Véase parte de este sermón en Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Buenos Aires, Sudamericana, 1949. También Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, FCE, 1978, pp. 21-22. Bartolomé de Las Casas admira a Montesinos y sus expresiones pro-indígenas. Cf. Las Casas, *Historia de las Indias*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. xcvi, Madrid, Edición Atlas, 1953, pp. 181-183. Para un estudio sobre Montesinos y otros religiosos que viajaron a América, véase Enrique Dussel, *Historia de la Iglesia en América Latina*, Barcelona, Nova Terra, 1972.

maltratos que diezaban a mansalva la población indígena. Sus ideas habrían de repercutir en el pensamiento indigenista del fraile Bartolomé de Las Casas y otros religiosos.³

La densidad de la población aborigen durante el periodo de 1519-1573, conocido como el de la fundación de las Indias, disminuyó dramáticamente. Si para 1492 se calculaba que existían en toda América unos 13 385 000 aborígenes, en 1570 esa cifra cayó a 10 827 150.⁴ Angel Rosenblat indica algunos motivos para este descenso: epidemias de origen europeo, guerras de conquista, régimen de trabajo, sistema colonizador, derrota material y moral, alcoholismo y mestizaje.⁵ Las Antillas fueron las más sacudidas por esta disminución. En 1492, las Islas Mayores (Cuba, La Española y Puerto Rico) contaban con una población de aproximadamente 220 000 indígenas, y en 1570 sólo vivían en estas islas 2 150. Igual ocurrió en Jamaica, que en 1492 la ocupaban 40 000 nativos, y en 1570 esta población ya se había extinguido por completo.⁶

Chile no estuvo exento de estos mismos problemas. No obstante, la causa principal para las despoblaciones de araucanos fue la existencia de prolongadas guerras en esa región. Se iniciaron éstas tan pronto Francisco Pizarro extendió la conquista del Perú a Chile, luego de que sometiera a los incas. Es el Almirante Diego de Almagro el que primero viaja a la zona en 1535 con ambiciones

³ Para estos casos, cf. Juan Friede, "Las Casas y el movimiento indigenista en España y América en la primera mitad del siglo xvi", *Revista de Historia de América*, (México), 34, (1952), pp. 339-411. P. de Leturia, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, vol. 1, Caracas, Soc. Bolivariana, 1959. Emilio Lisson Chaves, *La iglesia de España en Perú*, Sevilla, 1943-45. Fernando de Armas Medina, *Cristianización del Perú*, Sevilla, G.E.H.A., 1953. Lucas Ayarragaray, *La Iglesia en América y la dominación española*, Buenos Aires, J. Lajouane, 1920. Constantino Bayle, *El clero secular y la evangelización de América*, Madrid, csic, 1950. Lewis Hanke, *Colonisation et conscience chrétienne au XVIe siècle*, Paris, Plon, 1957. Carlos Silva Cotapos, *Historia eclesiástica de Chile*, Santiago, Impr. de San José, 1925. Raúl Vargas Ugarte, *Historia de la Iglesia en el Perú (1511-68)*, Lima, Impr. Santa María, 1953. Juan Carlos Zuretti, *Historia eclesiástica argentina*, Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1945.

⁴ Angel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1954, pp. 122. Para un estudio de la población en América en 1492 a finales del siglo xvi, véase del mismo autor *La población de América en 1492*, México, El Colegio de México, 1967.

⁵ *Loc. cit.*

⁶ *Ibid.*, p. 88.

de ganar tierras y gloria para España.⁷ Ante la resistencia de los naturales, este conquistador se retiró de Chile poco después en 1537. Lo sustituyó Pedro de Valdivia tras ganarle a Pedro Sancho de Hoz los derechos de exploración de la provincia.⁸ No tuvo éxitos este español, que para colmo murió a manos de los araucanos. Siguió a esta tragedia un periodo de incertidumbre,⁹ hasta que en 1556 se nombró para la gobernación de Chile a García Hurtado de Mendoza, quien tampoco consiguió la pacificación. Otros gobernantes intentaron la conquista, pero no se alcanzó la pacificación en todo el siglo XVI. Tanto es así que en 1595 los araucanos desencadenaron un levantamiento en Curalaba que culminó con la muerte de Loyola, gobernador del territorio. Para entonces, Chile era la única colonia en plena rebelión contra España.

Estos enfrentamientos afectaron adversamente la población de Chile. Si para el 1492 vivían en ese país unos 600 000 nativos, en 1570 esta cifra continuaba inalterada.¹⁰ Debido a la duración de la guerra, poco sorprende esta ausencia de crecimiento. Otras estadísticas del siglo XVI son más desalentadoras. Mariño de Lobera,

⁷ A los conquistadores los motivaban también los intereses personales en sus luchas y conquistas: oro, fama, honra, tierras, apellido, etcétera. Cf. José Durand, *La transformación social del conquistador*, 2 vols., México, Porrúa y Obregón, 1953.

⁸ El problema entre Valdivia y Sancho de Hoz fue bastante complicado. En Perú, Valdivia contó con el respaldo del marqués Francisco de Pizarro. Valdivia había apoyado a éste en las negociaciones de Mala y en las guerras de las Salinas, en 1537, contra el mariscal Diego de Almagro. Este último, a su retorno de Chile ese mismo año, se apoderó del Cuzco, que juzgaba suyo, y apresó a los hermanos de Pizarro: Hernando y Gonzalo. Antes de atacar a Almagro, el Marqués consultó a Valdivia, entre otros. Con un grupo de soldados bajo su dirección, el amigo de Pizarro con el grito "¡Pizarro, Pizarro!" sorprendió a los almagristas, quienes fueron derrotados en las Salinas. Sobre estos incidentes véase Ballesteros Gabrois, *Francisco Pizarro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940. Era de esperarse que después de la guerra Valdivia obtuviera jugosas mercedes; concretamente los derechos de exploración del sur de Magallanes. Esa concesión fue el motivo del conflicto entre Valdivia y Sancho de Hoz, pues Carlos V en dos provisiones, una de 24 de enero y otra del 21 de febrero de 1539, le había asignado a Sancho la ejecución de esa misma empresa sin que Pizarro ni Valdivia conociesen la orden. Pizarro pasó por alto la orden del Emperador. Cf. Raúl Porras Barrenechea, *Crónicas del Perú*, Lima, Sanmartí, 1962, pp. 98-100.

⁹ Sobre este periodo véase Crescente Errázuriz, *Historia de Chile sin gobernador, 1554-1557*, Santiago de Chile, Impr. Universitaria, 1912.

¹⁰ Angel Rosenblat, *op. cit.*, p. 88.

cronista contemporáneo de Ercilla,¹¹ especificó que la cantidad de habitantes de Santiago en 1541 consistía de más de 50 000 nativos, y que para el 1595 sólo había unos 7 000.¹² Al estudiar los textos de esos años, en especial *La Araucana* de Ercilla, vemos que el tema de las despoblaciones aparece tratado con bastante objetividad. La inclusión de estos hechos muestra la disconformidad de Ercilla por estas muertes. Hay que apuntar que el poeta apoyaba la conquista de América y la presencia hispánica en Chile. Pese a esto, la conciencia del deterioro de la vida de los araucanos producido por la conquista lo hizo partidario de una política en favor de la guerra defensiva.¹³ Se manifestó contra el empleo exagerado de la artillería española y las injusticias de los conquistadores en las luchas. A esto Ercilla atribuyó gran parte de las despoblaciones. Ciertamente lo que más le disgustó fue la ausencia de un plan bélico que garantizara la paz en la Colonia. Es hartó sabido que

¹¹ Peleó un tiempo junto a Valdivia. Cf. José Toribio Medina, *Diccionario biográfico colonial de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1906, p. 503.

¹² Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile, escrita por el capitán D. Pedro Mariño de Lobera, dirigida al excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marqués del Cañete, Vicerrey y Capitán General de los reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar de la Compañía de Jesús*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, 131, Madrid, Ediciones Atlas, 1960, p. 257. El cronista destaca, además, el problema de las enfermedades. También lo reconoce Góngora Marmolejo en *Historia de Chile desde el descubrimiento hasta el año de 1575*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, 131, Madrid, Ediciones Atlas, 1960. Este último señala que el desembarco de Francisco de Villagra a La Serena fue seguido de una masiva epidemia de viruelas "tan malas, que murieron muchos de toda suerte, que fué una pestilencia muy dañosa" (142). Era natural que los araucanos, impotentes ante estos infortunios, pensarán que los exploradores eran hechiceros y traían enfermedades para exterminarlos (143). Advierte que padecieron muchos; igual en los tiempos de guerra como en los de paz (143). Arboleda Llorente en *El indio en la Colonia*, Bogotá, Departamento de Extensión Cultural y Bellas Artes, 1948, ofrece varias razones para la despoblación de algunas tribus en el valle de Patía, Cauca y Magdalena. Reafirma que las pestes cuando no transformaban los pueblos en desiertos, los diezmaban (14).

¹³ Ercilla conoció las ideas de Francisco de Vitoria y de Fray Bartolomé de Las Casas. Muchas de sus preocupaciones le llegaron, posiblemente, a través de Fray Gil González de San Nicolás, sacerdote dominico, discípulo de Vitoria y amigo de De Las Casas, que viajó con Ercilla a Chile en la expedición de Don García Hurtado de Mendoza.

esta conducta avivó polémicas en España en torno a su política en Indias.¹⁴

Ya en el "Prólogo" de *La Araucana*¹⁵ Ercilla adelanta lo perjudicial que resultaba la guerra para los aborígenes, en cuanto provocaba la merma de población araucana. En esto funda sus críticas iniciales contra la conquista española:¹⁶

Y, cierto, es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo el pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas a lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta san-

¹⁴ Cf. Marcel Bataillon, *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona, Ediciones Península, 1976. Lewis Hanke, "Pope Paul III and the American Indians", *Harvard Theological Review* (Cambridge), vol. xxx (1937), pp. 65-102; del mismo autor, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SepSetentas, 1974; de él también véase *Uno es todo el género humano: estudio acerca de la querrela que sobre la incapacidad intelectual y religiosa de los indios americanos sostuvieron en 1550 Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda*, México, Gobierno de España, 1974. Andrés Huneus Pérez, *Historia de las polémicas de Indias en Chile durante el siglo XVI, 1536-1598*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica de Chile (¿1956?). Alberto de la Hera, "El derecho de los indios a la libertad y a la fe. La bula *Sublimis Deus* y los problemas que la motivaron", *Anuario de Historia del Derecho Español*, Madrid, vol. xxvi (1956), pp. 89-181. Angel Losada, *Apología de Juan Ginés de Sepúlveda contra Fray Bartolomé de Las Casas y de Fray Bartolomé de Las Casas contra Ginés de Sepúlveda*, Madrid, Editora Nacional, 1975. Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935; también de este autor, *La filosofía de la conquista*, México, FCE, 1947.

¹⁵ Cf. *La Araucana*, vol. 1, edición de Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner, Madrid, Clásicos Castalia, 1987, pp. 121-122. Las citas que se hagan de *La Araucana* pertenecerán a esta edición.

¹⁶ La dedicatoria de la obra a Felipe II no exime de críticas al sistema colonial. Ercilla continúa siendo leal al Rey, de quien fue paje por muchos años. Esto era típico en la época. Recordemos también el caso de Felipe Guamán Poma, quien hizo a Felipe III destinatario principal de su *Nueva coronica i buen gobierno* (1615). Cf. Mercedes López-Baralt, *Icono y conquista: Guamán Poma de Ayala*, Madrid, Hiperión, 1988, p. 69. Muchas veces los gobernantes españoles pasaban por alto las críticas contra el sistema colonial. El caso más claro es José de Acosta. Su crónica *Historia natural y moral de Indias* (1590) contiene pasajes fuertes en favor de los indios. Pese a esto, Felipe II le dio permiso para que le dedicara la obra a la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria.

gre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante. ¹⁷

La escasez de indígenas guerreros, por los muchos que han muerto en el campo de batalla, ha forzado a las mujeres a participar en los combates junto con los hombres: "Y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, vienen también las mujeres a la guerra y peleando algunas como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte" (122).¹⁸

Como se verá posteriormente, con estas observaciones contenidas en el prólogo Ercilla advierte que las pérdidas humanas ocuparán un lugar central en sus críticas a la conquista del Arauco. Tenemos noticias de cronistas que pusieron énfasis en las muertes de indígenas y hasta ofrecieron números excesivos de víctimas quizá para engrandecer el coraje y la valentía de los españoles. Estos encomios eran usuales en la época.¹⁹ Ercilla se separa de esta práctica y adopta una actitud contraria. Evita así elogiar a sus compañeros y permanece fiel a la veracidad histórica.²⁰

Este tema de las despoblaciones causadas por la guerra se viene discutiendo desde antes de la llegada de Ercilla a Chile. Gerónimo de Bibar, secretario personal de Valdivia, en *Crónica copiosa y verdadera de los reinos de Chile* llena algunas lagunas sobre este asunto. Atestigua que Valdivia, en un recorrido por el valle de Aconcagua, enfrentó al cacique Michimalongo y que de 4 000 araucanos que intervinieron en el encuentro murieron 350. A la vez hace hincapié en la batalla de Juntura, donde el conquistador apresó a otro gru-

¹⁷ Cf. "Prólogo", *La Araucana*, p. 122.

¹⁸ En el canto X Ercilla dedica varias estrofas a estas araucanas guerreras (X, 3, 1-8 y X, 5, 5-8). Góngora Marmolejo destaca asimismo la valentía de estas mujeres. Según él, cuando la ciudad de Angol, protegida por Miguel de Velasco, es invadida por los indios, una araucana lanza piedras contra los yanaconas del ejército enemigo para que peleasen contra ellas. Cf. Góngora Marmolejo, p. 151.

¹⁹ El caso más conocido es el de Francisco López de Gómara en *Conquista de México*. Fue un devoto admirador de Hernán Cortés.

²⁰ Sobre la preocupación por la veracidad histórica en Ercilla, véase José Durand, "Caupolicán, clave historial y épica de *La Araucana*", *Revue de Littérature Comparée*, (París) (1978), pp. 367-389.

po y mató a varios.²¹ Los relatos de Valdivia son más reveladores que los de su secretario. Motivado por el deseo de adquirir mercedes o regalías de Carlos V, le escribe al emperador que en una confrontación en las riberas del río Biobío sucumbieron 200 enemigos sin que hubiera bajas entre sus soldados, aunque resultaron heridos 12.²² La conquista de Concepción, en 1545, tuvo consecuencias peores, pues el capitán y maestro de campo Jerónimo de Alderete dio muerte a unos 2 000 y aprisionó a tres caciques.²³ Pasada esta acción militar, casi a unos días de Valdivia volver a cruzar el Biobío, unos 10 ó 12 rebeldes perdieron la vida.²⁴ Luego, en un encuentro a cincuenta leguas de Santiago, otros 300 indígenas confrontaron al conquistador. En esta ocasión fallecieron 50.²⁵ Otra batalla en las orillas del Nibequetén a cargo de Alderete redundó exitosamente en 2 000 bajas indígenas. Corriente arriba siguieron produciéndose los mismos estragos.²⁶

Otros cronistas escriben sobre Valdivia y la extinción de cientos de araucanos. De acuerdo con Mariño de Lobera, mientras Valdivia marchaba rumbo a Penco acompañado de una escuadra de sesenta militares, sorprendió a un batallón de nativos en Quilacura. De 80 000 que pelearon inicialmente, y 20 000 que se sumaron más tarde, una porción considerable pereció en el conflicto.²⁷ Cla-

²¹ Cf. Gerónimo de Bibar, *La crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile, hecha por Gerónimo de Bibar, natural de Burgos*, transcripción paleográfica del prof. Irving Leonard, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1966, p. 80.

²² Cf. Pedro de Valdivia, *Cartas de Pedro de Valdivia*, edición de José Toribio Medina, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1953, p. 113.

²³ Valdivia, p. 133.

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ *Ibid.*, p. 157.

²⁶ *Ibid.*, p. 201.

²⁷ Mariño de Lobera, pp. 269-270. Es cierto que no eran los españoles los únicos en cometer estos atropellos; también lo hacían los indios, pero para alejar a los conquistadores de sus tierras. Hay ejemplos en la crónica de Bibar. Francisco de Villagrán, teniente bajo las órdenes de Valdivia, poco después de regresar a La Serena fue informado de la muerte de algunos cristianos. Por temor a que los de la región de Coquimbo corrieran la misma desgracia, se dirigió al lugar con sesenta soldados. Llegó tarde, pues los indios habían hecho estragos: mataron a un grupo de españoles y empalaron a otros (127). Los araucanos continuaban empeñados en sacar a los invasores de Chile, de ahí que aprovecharan un viaje de Valdivia por Pelmayquén para tomar prisionero a este conquistador y darle muerte por orden de Caupoli-

ro que hay exageración en cuanto a la cantidad de guerreros araucanos que han muerto, pero esto no niega los desastres de la guerra. *La Araucana* tampoco ignora otras matanzas ocurridas durante el mismo periodo. Brevemente, Ercilla subraya los estragos que el conquistador deja en una batalla en el fuerte de Tucapel:

Siempre los españoles mejoraban
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados indios que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento. . (II, 76, 1-4).

En una estrofa anterior había aludido a las numerosas troneras de la artillería amiga:

Tres castillos los nuestros ocupados
tenían para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados
con foso que los ciñe en torno y cierra,
guarnecidos de pláticos (*sic*) soldados
usados al trabajo de la guerra,
caballos, bastimento, artillería
que en espesas troneras asistía (II, 65, 1-8).

Lo esbozado hasta ahora evidencia que Valdivia produjo daños irreparables. Esta tendencia se agudizó con Hurtado de Mendoza, gobernador con quien Ercilla se trasladó en 1557 a Chile. Ayudó al gobernante el hecho de que su padre fuese, en ese entonces, el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza. Era de esperarse que éste brindara a su hijo vastos suministros militares, ya que aún no existía ningún patrocinio económico oficial de España para tales empresas en América.²⁸ Desde el Perú se transportan a Chile bastimentos, municiones y una importante provisión de caballos. Con este respaldo se comenzaron a reducir los triunfos de los araucanos.²⁹ Por esto, en el episodio de Ercilla con Fitón, este mago lo

cán (171). En oposición a Mariño de Lobera, Ercilla reconoce la trascendencia de Lautaro en esta decisión. (Cf. nota 40). El hecho molestó a los españoles y como venganza mataron a unos setecientos nativos (271).

²⁸ Cf. Alvaro Jara, "El fracaso del sistema bélico privado y la crisis de fines del siglo XVI", en *Guerra y sociedad en Chile; la transformación de la guerra y la esclavitud de los indios*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1971, pp. 113-127.

²⁹ Para la llegada de Hurtado de Mendoza, el dominio español estaba

primero que denuncia es la matanza de indígenas, que debía intensificarse en esa época:

El me dijo: "Por cierto, bien pudiera
tomar de vos legítima venganza
y en esa vuestra gente que anda fuera,
que habéis hecho en los nuestros tal matanza;
pero aunque más razón y causa hubiera,
haciendo vos de mí tal confianza,
no quiero ni será justo dañaros,
antes en lo que es lícito ayudaros" (xxvi 42, 1-8).

Fitón pasa por alto la manera en que los españoles producían estos estragos. La explicación parecía obvia y por eso no profundiza en detalles. Igual que en el prólogo, Ercilla se vale de esta introducción para anticipar sus críticas futuras. Anuncia que no contemplaría impasible y manso las matanzas de indios. Por raro que parezca, le preocupaba la superioridad de la artillería española y el que los araucanos se convirtieran en blancos fáciles al no poder superar sus desventajas.³⁰ Reconoce que los conquistadores, de no poseer armas mucho más sofisticadas, hubieran tenido dificultades en detener a sus enemigos.³¹ Para el poeta, el daño causado por

en problemas, aunque le favorecía el debilitamiento de las fuerzas rebeldes. Los indios controlaban Arauco, Purén y los territorios aledaños al Biobío. También comenzaban a someter las áreas colindantes a la Imperial. Concepción y Angol habían sido deshabitadas, mientras las provincias de La Serena, Santiago, Valdivia y Villarrica se mantenían en calma. Durante este periodo, los araucanos atravesaban momentos difíciles por la muerte de Lautaro. Esta pérdida y el apoyo militar del virrey a Hurtado de Mendoza contribuirían luego a muchas de las derrotas de los indígenas.

³⁰ Cf. Carlos Martínez de Campos, "Armas y arte bélico de los 'conquistadores'", *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid), 247, (1970), pp. 138-155. Alberto Mario Salas, *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, Emecé, 1951. Véanse, principalmente, las páginas 29-104. Ricardo E. Latcham, "La capacidad guerrera de los araucanos: sus armas y métodos militares", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile, vol. xv, 19 (1915), pp. 22-93.

³¹ Los araucanos trataron de imitar las estrategias de los españoles, sobre todo las relacionadas con las armas blancas y el caballo, pero no supieron superar la falta de conocimiento para la incorporación de las armas de fuego. Hubo intentos fallidos (Jara, 52), especialmente en la metalurgia y la fundición para equiparse de armamentos (Jara, 58). Sí incorporaron el empleo de arcabuces poco después de 1558, con el respaldo de un grupo de yanaconas y mestizos desertores de las filas enemigas que llevaron consigo un pequeño cargamento de estas armas.

estas armas había alcanzado niveles imprevisibles. Bajo esta óptica, concibe la guerra como la causa más seria de las despoblaciones. No lo dice abiertamente, pero muestra su objeción a estas prácticas bélicas en el lenguaje crudo con el que describe los cadáveres de indígenas mutilados por la artillería. Dedicó especial atención a la batalla de Millarapué, la cual permite tener una impresión general de la guerra inhumana que se peleó en Chile para la época de Ercilla.³²

Unos hienden por medio, otros barrenan
de parte a parte los arados pechos;
por los muslos y cuerpo de otros cercenan,
otros miembro por miembro caen deshechos. (xxvi, 19, 1-4).

Ahora bien, Ercilla opinaba que estos estragos podían evitarse. Es por esto que a través de descripciones violentas insiste en su rechazo al uso vicioso de las armas. Los detalles con que reitera las

³² Para algunas ideas sobre los problemas que creó la conquista de Chile, véase: Gil González de San Nicolás, "Carta al Presidente y Oidores del Consejo de Indias", *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, vol. xxviii, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1901, pp. 276-283; en el mismo libro y volumen, véase Fernando de Santillán, "Relación de lo que el licenciado Fernando de Santillán, oidor de la Audiencia de Lima, provecho para el buen gobierno, pacificación y defensa del reino de Chile" pp. 284-302 Miguel de Olaverría, "Informe sobre el reyno de Chile, sus Indios y sus cosas", ¿Lima?, 1594, en Claudio Gay, *Historia física y política de Chile*, vol. II, París, en casa del autor, 1844, pp. 13-54. Domingo de Erazo, "Papel sobre la esclavitud de los indios de Chile", *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Viuda de Calero, 1867, pp. 220-251 Pedro de Oña, *Arauco domado*, edición de José Toribio Medina, Santiago de Chile, Imp. Universitaria, 1917 Diego de Santisteban Osorio, *La Araucana, cuarta y quinta parte, en que se prosigue, y acaba, la historia de D. Alonso de Ercilla*, Madrid, F. Martínez Abad, 1735. Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, *Cautiverio feliz*, edición de Diego Barros Arana, Santiago de Chile, Imprenta del Ferrocarril, 1863 Melchor Calderón, "Tratado de la importancia y utilidad que hay en dar esclavos a los indios rebeldes de Chile", en José Toribio Medina, *Biblioteca Hispanoamericana*, vol. II, Santiago de Chile, Impreso y grabado en casa del autor, 1897-1899, pp. 5-20 Guillermo Lohmann Villena, "Un impreso desconocido sobre la guerra de Arauco: Los discursos (*sic*) del capitán Méndez de Arbieta", *Historia*, Chile, vol. xx, 1985, pp. 425-439. Pérez Bustamante, "El lascasismo en *La Araucana*", *Revista de Estudios Políticos*, (Madrid), 64 (1952), pp. 157-168. José Durand, "El chapetón Ercilla y la honra araucana", *Filología* (Buenos Aires), vol. x (1964), pp. 113-134.

devastaciones de la artillería hacen que *La Araucana* sea más realista que todas las crónicas que presentan las guerras de los españoles contra los araucanos:

Unos vieran de claro atravesados,
 otros llevados la cabeza y brazos,
 otros sin forma alguna machucados
 y muchos barrenados de picazos;
 miembros sin cuerpo, cuerpos desmembrados,
 lloviendo lejos trozos y pedazos,
 hígados, intestinos, rotos huesos,
 entrañas vivas y bullentes sesos (XXXII, 8, 1-8)

Más adelante deplora una escena no menos patética:

Quién aquéste y aquél alcanceando,
 abre sangrienta y ancha la salida,
 quién a diestro y siniestro golpeando
 priva aquéstos y aquéllos de la vida.
 No hay ánimo ni brazo allí tan blando
 que no cale y ahonde la herida,
 ni espada de tan grueso y boto filo
 que no destile sangre hilo a hilo.

Quisiera aquí de espacio figurалlos
 y figurar las formas de los muertos:
 unos atropellados de caballos,
 otros los pechos y cabeza abiertos,
 otros que eran gran lástima mirалlos,
 las entrañas y sesos descubiertos,
 vieran otros desechos y hechos piezas,
 otros cuerpos enteros sin cabezas (XXXII, 12-13, 1-8)

En otra estrofa Ercilla subraya los lamentos de los heridos, su dolor y lucha contra la muerte para reiterar la exigua piedad de los conquistadores:

Las voces, los lamentos, los gemidos,
 el miserable y lastimoso duelo,
 el rumor de las armas y alaridos
 hinchen el aire y cóncavo del cielo;
 luchando con la muerte los caídos
 se tuercen y revuelcan por el suelo,
 saliendo a un mismo tiempo tantas vidas
 por diversos lugares y heridas (XXXII, 14, 1-8).

Ercilla no exageraba sobre esta capacidad de los armamentos europeos: los comentarios de otros autores reafirman el peligro que éstos representaban. Repárese, por ejemplo, en Góngora Marmolejo, cronista-soldado compañero de Ercilla en Chile, testigo de la destrucción que las armas españolas produjeron en Millarapué. El haber presenciado el desarrollo de este conflicto reviste sus apreciaciones de indudable historicidad. Alega que los araucanos no estaban acostumbrados a lidiar contra la nueva artillería europea. La anterior a la llegada de Hurtado de Mendoza era limitadísima y menos dañina:

Los indios, viendo que sus compañeros hasta entonces no les iba mal, sino que peleaban bien, estaban parados esperando a los cristianos que iban poco a poco a ellos. Comenzó a jugar la artillería tan bien que, metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo vide una poleta (que me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro) que yendo algo alta, primero que dió en los enemigos llevó por delante grande número de picas que las tenían enhiestas, haciéndoselas pedazos, y sacándoselas de las manos los dejaban con espanto de caso tan nuevo para ellos, porque aunque otras veces habían peleado contra artillería, era pequeña y no había hecho tanto daño (130).

Encontramos que sobre este aspecto Juan de Mendoza Montea-gudo, cronista chileno del siglo xvii, coincide en varios puntos con Ercilla. En *La Guerra en Chile; poema histórico* describe efectivamente la violencia de la batería (artillería)³³ y la furia de los arcabuces españoles. En clara alusión a la ventaja técnica de los conquistadores, Mendoza Montea-gudo precisa la importancia del plomo para el logro de esta victoria:

Que el valiente Quiros, llegando en esto
con la tercer cuadrilla que faltaba,
plantado a toda furia de aquel puesto
los listos arcabuces disparaba.
Oh! sempiterno Dios y qué de presto
cualquier grande felicidad acaba!
Trocóse en un momento allí la suerte
y muchos a un momento hubieron muerte.

³³ Para Ercilla el concepto "batería" tiene una connotación distinta a la de Mendoza de Montea-gudo. Cf. nota 38.

De súbito la cuesta tropicando
 tanto rigor causó la batería:
 bajan los graves cuerpos volteando
 de la ántes vitoriosa compañía,
 su centro, finalmente, van buscando,
 el plomo a lo profundo los invia:
 por veinte y seis lugares de aquel lado
 quedó el gran escuadrón aportillado.³⁴

Sería impropio no aludir a Fernando Alvarez de Toledo, también del siglo xvii y autor dudoso de *Purén indómsto*. Esta crónica con-
 signa un ejemplo bastante realista de los excesos de los españoles
 en las guerras de Chile. Nos revela que el gobernador Francisco
 Quiñones, sustituto de Loyola, fue culpable de que sus soldados
 mataran a centenares de nativos que pretendían el asedio de la ciu-
 dad de Penco. En este sentido, en una estrofa clave, la enumera-
 ción de verbos en serie confirma los estragos producidos por la
 conquista española y el daño de sus armas. La reproducción de las
 matanzas estremece por lo gráfica:

Con voces y algazaras resonantes
 Longotegua a los suyos apellida,
 y con los que allí estaban circunstancias
 comenzó la guacábara reñida:
 pero los españoles militantes
 menospreciando la costosa vida,
 movidos de la cólera y venganza
 en ellos hacen triza y cruel matanza.

Cercenan con gran priesa y acrivillan,
 rompen, cortan, derriban, muelen, matan,
 machucan, quiebran, hunden, pisan, trillan,
 descuartizan, escotan y ma'ratan:
 abren, rengan, abollan, amancillan,
 quebrantan, descoyuntan, desvaratan,
 a la gente de Chepe y de Chepino,
 Martín Muños, Riguelme, y Diego Sino. .³⁵

Si nos fijamos en otro pasaje notaremos que las descripciones de
 los cuerpos destrozados por las armas son semejantes a las de Erci-

³⁴ Juan de Mendoza Monteagudo, *La guerra de Chile: poema histórico*,
 Santiago de Chile, Imp. Ercilla, 1888, p. 96.

³⁵ Fernández Alvarez de Toledo, *Purén indómsto* (Leipzig [etc.] A.
 Franck [A. L. Herold, 1862], 1862), p. 250.

lla. Haya influencia del poeta o no, la verdad es que la violencia parecía algo natural en los enfrentamientos:

Quedaron muchos bárbaros tendidos
 abiertas las cabezas y costados,
 los demás fueron rotos, mal heridos
 huyendo sin la presa avergonzados:
 pero siendo los nuestros recojidos
 con toda la gran presa de ganados,
 victoriosos con ella se volvieron
 a la propia ciudad de do salieron (251).

Estos cronistas no asumieron una postura crítica contra estos sucesos; Ercilla sí. Por ello el poeta desprestigia los triunfos obtenidos mediante el recurso de la superioridad de las armas y propone una política de justicia en la pacificación. No sólo para que se evitaran matanzas innecesarias, sino además porque los cristianos violaban preceptos que debían ser derechos de guerra, aunque en aquel tiempo no eran considerados como tales.³⁶ Sobre todo, apreciamos que Ercilla censuraba el que los españoles prosiguieran atacando a los indígenas luego de que éstos desistieran de guerrear. De hecho, reprendió estas acciones que se alejaban de las normas que debían regir una guerra justa. Esta conducta le resultaba ilícita y los armamentos crueles:

como los nuestros hasta allí cristianos,
 que los términos lícitos pasando,
 con crueles armas y actos inhumanos,
 iban la gran vitoria deslustrando. . . (xxvi, 7, 1-4).

En *La Araucana* salta a la vista que estos actos se repetían con relativa frecuencia. Si bien Ercilla confiesa que estaba acostumbrado a presenciar estos maltratos, fueron tantos los araucanos rendidos muertos en Millarapué que en esta ocasión el poeta sintió horror. En un verso clave acude a la hipérbole "la sangre, que en arroyos ya corría" (xxvi, 8, 5) para acentuar lo negativo de este incidente. Quizá es en respuesta a la violencia del combate que su "entendi-

³⁶ Gruchaga Ossa no menciona este hallazgo. Esto es parte de otro estudio nuestro sobre Ercilla. Cf. Gruchaga Ossa, "Ercilla y el Derecho Internacional", *Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector don Domingo Amunátegui Soler*, vol. II, Santiago de Chile, Imp. Universitaria, 1935, pp. 155-175.

miento" y "pluma" huyeron del escenario de la confrontación. Es posible que esta huida simbolice el rechazo de Ercilla a la falta de escrúpulos de los conquistadores. También insinuaba lo incómodo que le resultaba ser considerado cómplice de sus compañeros.³⁷

Hubo por igual otras matanzas durante el gobierno de Hurtado de Mendoza que de algún modo condicionaron los juicios de Ercilla sobre la guerra. Cabe mencionar el ataque de los araucanos al fuerte de Penco. Con tono crítico el poeta aduce, refiriéndose a esa confrontación, que los "arcabuces españoles aquel día habían hecho gran riza y batería"³⁸ (xx, 25, 7-8). Al comienzo de este canto xx ya Ercilla había reaccionado ante esta destrucción. Fue tan devastador el encuentro que hasta Marte mostró hastío y repulsión:

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
discordia, fuego, sangre, enemistades,
odio, rancores (*sic*), sañas y bravezas,
desatino, furor, temeridades,
rabias, iras, venganzas y fierezas,
muertes, destrozos, rizas, crueldades
que al mismo Marte ya pondrán hastío
agotando un caudal mayor que el mío? (xx, 5, 1-8).³⁹

Junto a estas crueldades hay que incluir los escarmientos que los españoles practicaban entre los indígenas, que se traducían en bajas para esa población. Se sabe que eran castigos que comúnmente solían terminar en muerte. Para ganar la obediencia de los rebeldes, Valdivia abusó de este recurso, conforme quedó probado en sus manuscritos.⁴⁰ En la carta a Carlos V del 15 de octubre de

³⁷ Era natural que reaccionara de esta manera. Según Errázuriz en Millarapué perecieron solamente 1 500 araucanos y de cristianos ninguno. Cf. Crescente Errázuriz, *Historia de Chile: García Hurtado de Mendoza*, vol. II, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1914, p. 176.

³⁸ Según Morínigo e Isaías Lerner, significa "estrageo"

³⁹ Errázuriz alude a otros ejemplos. Describe que Rodrigo de Quiroga, soldado del gobernador, acompañado de 33 soldados y de algunos yanacunas, fue sorprendido en los alrededores de Angol por unos 3 000 nativos; de éstos murieron 300 y fueron hechos prisioneros 90. Cf. Errázuriz, vol. II, 1914, pp. 184-188. Igualmente, destaca la traición del yanacona Andresillo, quien les advirtió a los cristianos el momento en que los araucanos planeaban el asedio al fuerte del Cañete. Preparados de antemano, aquéllos dejaron el campo cubierto de cadáveres (vol. II, p. 241).

⁴⁰ Los araucanos vengan con la muerte la conducta cruel de Valdivia en

1550 señaló que en una guerra en la que murieron de 1 500 a 2 000 nativos aprisionó a muchos y luego ordenó que les cortaran las manos y narices a unos 200.⁴¹ Bibar admite que cuando el cacique Tanjalongo fue capturado en Aconcagua en 1541, Valdivia fue el responsable de que le cortaran los pies como escarmiento por la resistencia de las tribus vecinas. Posteriormente diez jefes perderían la vida.⁴²

Estos castigos se ejecutaban, por lo general, en los campos de batalla. Tiene esto valor a la hora de estudiar *La Araucana*, que contiene pasajes muy fuertes contra estas prácticas. Si por un lado Ercilla favorece las reformas, por el otro desprestigia indirectamente el gobierno de Hurtado de Mendoza. Hallamos en el poema tres escarmientos que sobresalen: el de Galbarino con los brazos cortados, el empalamiento de Caupolicán y el cautiverio de trece caciques a quienes luego se los destrozó tras atarlos a la boca de un cañón.⁴³ El tormento de Galbarino ocurre antes de la batalla en Millarapué (suceso en el cual el indígena participa); la ejecución de los trece jefes, después del asedio al fuerte del Cañete. En este último desafío, Ercilla destaca que hubo "gran número de muertos y prisiones" (*sic*) (xxxii, 19, 8). El suplicio de Caupolicán es una excepción, puesto que fue empalado luego de que aceptara

Chile. De otra parte, su muerte pudiera vincularse a la sed de adquirir oro. Cuenta Garcilaso de la Vega en los *Comentarios Reales* (Parte primera, libro 7, cap. 24) la tragedia de este conquistador. De las tres posibles explicaciones sobre su trágico final sobresale la de que Lautaro, en una ocasión yanacona de Valdivia, cuando éste fue tomado prisionero, aceleró su muerte al instar a los araucanos a que no le perdonaran la vida. Existe asimismo la versión de que los araucanos se comieron su cadáver. Lo hicieron "no porque acostumbraban a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino para mostrar la rabia que contra él tenían, por los grandes trabajos y muchas batallas y muertes que había causado" (Parte primera, libro 7, cap. 24). Vale tener también presente la explicación que hace de esta muerte Pedro Alonso de Ovalle, en *Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones que ejercita en él la Compañía de Jesús*, Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, 1966.

⁴¹ Valdivia, 1953, p. 204. Los escarmientos no sólo se hacían en Chile, sino en todas las Indias. En la segunda carta que Hernán Cortés le escribe a Carlos V le informa que ordenó les cortaran las manos a cincuenta indios enemigos de los de las tribus de Cempoal. Cf. "Cartas de relación", en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. xxii, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1931, p. 17.

⁴² Gerónimo de Bibar, 1953, p. 80.

⁴³ Cf. XXXII, 4, 1-8.

su lealtad a Felipe II y fuera bautizado dentro de la religión católica. Ercilla lamenta la imposibilidad de salvar a Galbarino, y, aunque se halla en otra guarnición a la hora de ejecutarse la sentencia impuesta a Caupolicán, asegura que de haber estado presente habría impedido este "injusto castigo". Al aludir a toda la sangre derramada en Arauco incluye estos acontecimientos y reflexiona sobre sus consecuencias negativas:

La mucha sangre derramada ha sido
 (si mi juicio y parecer no yerra)
 la que de todo en todo ha destruido
 el esperado fruto desta tierra;⁴⁴
 pues con modo inhumano han excedido
 de las leyes y términos de guerra,
 haciendo en las entradas y conquistas
 crueldades inormes nunca vistas (XXXII, 4, 1-8).

Las guerras e injusticias de los europeos tuvieron efectos síquicos negativos en los indios. Muchos, impotentes ante la conquista, despoblaban pueblos enteros y se refugiaban en matorrales y bosques. En *La Araucana* este asunto es tratado sutilmente a la hora de que Ercilla reacciona contra las despoblaciones. Antes que él, ya Bibar había planteado esto cuando advirtió que las crueldades de Diego de Almagro obligaron a algunas comunidades indígenas a escapar a los montes. Valdivia detectó esta situación después de salir de Copiapó y acercarse a las inmediaciones del valle de Guasco. Un araucano conocedor del hecho le contó que los indios huyeron a las sierras por miedo a Almagro, que había dado muerte a Marcan-dey, toqui de la tribu. Así, el hijo de este jefe prefirió morir en las montañas y no bajo el servicio de los conquistadores.⁴⁵ Imitaron esta conducta los residentes de Coquimbo.⁴⁶ Aunque Valdivia entendía que su misión no era la de matar sino la de propagar el evangelio, antes de pisar tierras de Guasco había atacado una fortificación en Copiapó, ataque que redundó en un gran saldo de víctimas.⁴⁷ Similar a Guasco, este militar halló a Limarí deshabi-

⁴⁴ No negamos que aquí haya una preocupación por el efecto negativo, en términos de rendimiento económico, que producía la despoblación indígena, producto de la crueldad de la guerra.

⁴⁵ Gerónimo de Bibar, 1966, p. 29.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 30.

⁴⁷ *Ibid.*, 1966, p. 25.

tada. Con todo, esto no detenía a sus soldados, que rastreaban los refugios con propósitos de matar.

Bibar describe el problema como algo natural; Ercilla se identifica con los araucanos. Denuncia que en cuanto lugar éstos buscaban la libertad, los españoles hacían lo posible por saquear sus escondites. Este afán de verdad que condujo al poeta se observa al presentarse él mismo como testigo de estas persecuciones:

Nosotros en su cierto rastro a tino
andábamos haciendo mil jornadas,
no dejando lugar circunvecino
que no diésemos salto y trasnochada;
y en lo más apartado del camino
hallábamos las casas ocupadas
de gente forajida de la tierra
que ya andaba huyendo de la guerra. . (XXXII, 25, 1-8).

Tenemos así que, según Ercilla esclarece en otra estrofa, estos hechos se agravaron durante el gobierno de Hurtado de Mendoza. Observemos que aunque no menciona a este gobernante por su nombre, utiliza el apelativo *General*, no sólo para encubrir sus críticas directas, sino también para resaltar el carácter belicoso del jefe:

diciendo que de grado volvería
a sus yermas estancias y heredades,
pero que el General los compelia
usando de inhumanas crueldades;
y si en esto remedio se ponía,
llanas estaban ya las voluntades
para dejar las armas los soldados,
de la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
se puso en inquirir toda la tierra,
no quedando lugar inhabitado,
monte, valle, ribera, llano y sierra
donde no fuese el bárbaro buscado;
mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,
aunque todo con todos lo probamos,
jamás señal, ni lengua dél hallamos (XXXII, 26-29).

No se puede descartar que Ercilla estaba en favor de que el conflicto se restringiera a ciertas áreas específicas. Si se extendía a regio-

nes apartadas, los araucanos serían forzados a ocultarse en sitios más remotos. Bien sabía que la pacificación no se podría realizar mediante las persecuciones; esta táctica empeoraba la vida de los indígenas, que luego en sus refugios experimentaban desajustes en su adaptabilidad, deterioro humano y hasta muertes. Súmese a estos inconvenientes el que los conquistadores propinaban con estas persecuciones un duro golpe a los medios de subsistencia de los nativos.⁴⁸ Por lo regular, destruían sus campos de cosechas, o se adueñaban de sus reservas de víveres. Valdivia admite que en una oportunidad sus soldados expropiaron a los indios 1 000 cabezas de ganado.⁴⁹ Pero esto no era lo peor. Como las energías dedicadas a la guerra consumían casi por entero el tiempo disponible para el cultivo de plantaciones, esta condición creaba frecuentes hambrunas en la población araucana y española. Según Mariño de Lobera, años antes de la entrada de don García a Chile azotó a la región, en 1553, una hambruna que causó estragos (350).

A modo de conclusión, se debe añadir que Ercilla no sólo condenó este modo de guerrear. En el fondo abogó en favor de la utilización de métodos pacíficos que hicieran posible el sometimiento de los araucanos. Sugirió que los conquistadores abrazaran los principios de la clemencia y el perdón. Lo expone claramente en la estrofa que sigue:

No quiero yo decir que no es gran cosa
la clemencia, virtud inestimable,
que el perdonar, vitoria es gloriosa
y en el más poderoso más loable;
pero la paz común tan provechosa
no puede sin justicia ser durable,
que el premio y el castigo a tiempo usados
sustentan las repúblicas y estados (xxxvii, 20, 1-8).

Vuelve a hacer una defensa apasionada de estas ideas cuando afirma el carácter moralmente positivo de la clemencia. Insiste asimismo en los peligros que acarrearía al Estado una actitud contraria y apela a la obligación del rey en el cumplimiento de las leyes:

La clemencia a los mismos enemigos
aplaca el odio y ánimo indignado,

⁴⁸ Eugene Korth, *Spanish Policy in Chile*, Stanford, Stanford University Press, 1968.

⁴⁹ Valdivia, 1953, p. 201.

engendra devoción, produce amigos
y atrae el amor del pueblo aficionado;
que el continuo rigor en los castigos
hace al príncipe odioso y desamado;
oficio es propio y propio de los reyes
embotar el cuchillo de las leyes (XXXVII, 22, 1-8).

Ya antes Ercilla había exhortado a sus compañeros a imitar las estrategias del Imperio Romano, que pudo conquistar pueblos sin recurrir a la espada. Distinguió el decisivo papel de la clemencia en estos triunfos. Roma se convierte en lección y patrón de conducta:

Excelente virtud, loable cosa
de todos dignamente celebrada
es la clemencia ilustre y generosa,
jamás en bajo pecho aposentada;
por ella Roma fue tan poderosa
y más gente venció que por la espada,
domó y puso debajo de sus leyes
la indómita cerviz de grande reyes (XXXI, 1, 1-8).

Sin embargo, la guerra habría de continuar y también las despoblaciones. Para sostener este punto es pertinente recordar una vez más a Mendoza de Monteagudo y Alvarez de Toledo, quienes escribieron décadas después de que Ercilla publicase *La Araucana*. Precisamente este último incluye en *Purén indómito* algunos episodios cruentos de la guerra entre españoles y araucanos acaecidos a raíz de la derrota y muerte de Loyola en 1595. El que todavía para esa fecha hubiera luchas frecuentes lleva a pensar que las sugerencias de Ercilla nunca atrajeron ni la atención de los conquistadores ni la de España. Si los cronistas de estos eventos no adoptaron actitudes críticas para limitar las despoblaciones, a Ercilla, como reformador, le preocupó la propuesta de remedios. Era un poeta-soldado seguidor de la doctrina de Francisco de Vitoria y Bartolomé de Las Casas, muy al tanto de las acaloradas controversias suscitadas en Valladolid en 1552 sobre los derechos de los indígenas y la guerra justa.³⁰

³⁰ Véase nuestro estudio *Las ideas de la guerra justa en Ercilla*, Tesis doctoral, University of California, Berkeley, 1988. También la nota 14 y Juan de Vascones, "La guerra justa en Chile", *Cuerpo de documentos del siglo XVI sobre los derechos de España en las Indias y Filipinas* descubiertos por Lewis Hanke y editados por Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1943, pp. LIX-LXV.